

Multitud, vida y escritura en Nicomedes Guzmán. Apuntes desde Gilles Deleuze y Félix Guattari

Multitude, Life and Writing in Nicomedes Guzmán. Notes from Gilles Deleuze and Félix Guattari

Patricio Landaeta Mardones, Ana María Cristi Cabello*

Universidad de Playa Ancha, Pontificia Universidad Católica de Chile

patricio.landaeta@upla.cl, arcristi@uc.cl

DOI: 10.5281/zenodo.3463704

Recibido: 11/01/2019 Aceptado: 21/03/2019

Resumen: La disputa por configurar una escena y un discurso de la multitud en Chile constituye uno de los rasgos principales de la prensa obrera y, más tarde, de la literatura de Nicomedes Guzmán. Es por ello que se propone repensar la multitud como “pueblo que falta”, fuerza colectiva que posee una presencia activa en la historia. Para ello se aborda la concepción de multitud en el naciente imaginario nacional y se analiza la relación de pueblo y multitud para liberar la potencia vital de esta última

Abstract: To build a scene and a discourse of the multitude in Chile constitutes one of the main features of the working class press and, later, of the literature of Nicomedes Guzmán. That is why it is proposed to rethink the crowd as “people yet to come”, a collective force that has an active presence in history. For this purpose, the conception of the multitude in the nascent national imaginary is approached and the relation of people and multitude is analyzed to release the vital power of the multitude.

Palabras clave Pueblo, Multitud, Pueblo que falta, Nicomedes Guzmán, Deleuze-Guattari

Keywords: People, Multitude, Missing People, Nicomedes Guzmán, Deleuze-Guattari

* Chileno. Patricio Landaeta Mardones es Doctor en Filosofía. Investigador del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, Chile. Actualmente es coordinador de la Red Estudios Latinoamericanos Deleuze y Guattari, financiada para su creación por CONICYT-PCI, Proyecto REDI170335. <https://orcid.org/0000-0002-3713-4155>

Chilena. Ana María Cristi es Licenciada en Filosofía y Magister en Literatura. Actualmente cursa el Doctorado en Literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Becaria CONICYT 2019, Doctorado Nacional, Folio 21190685. <https://orcid.org/0000-0002-7419-3613>

** Este artículo es parte del proyecto FONDECYT Iniciación 11160327: “Literatura y multitud: cartografía conceptual de la narrativa de Nicomedes Guzmán desde la perspectiva crítico-clínica de la filosofía de Gilles Deleuze y Félix Guattari.”

1. Introducción

González sabía que nada en la vida había sido imposible para él. Inquilino en Cautín, peón caminero en Talca, cargador de bodegas en Santiago, minero en Rancagua ¿qué podía decirle la pampa escondida en su camanchaca, que el no adivinase? [...] Mientras cavaba el hoyo donde había que poner la carga explosiva, recordaba a sus amigos del sur que no quisieron seguirlo...¹.

El desmoronamiento de los grandes polos económicos fundados fuera de la ciudad de Santiago durante el siglo XIX tuvo como consecuencia un continuo desplazamiento de las multitudes en búsqueda de nuevas oportunidades laborales que les permitiese sobrevivir a los horrores del hambre y la precariedad extrema. Estos desplazamientos no solo tensionaron un ambiente de evidente inestabilidad política y económica que perduró hasta el primer tercio del siglo XX, sino que también lograron modificar la estructura base de la urbe capitalina y su organizada compartimentación espacial. Así, con la llegada de las *masas*, la ciudad comienza a transformar su fisionomía, surgiendo en los márgenes de la capital nuevos espacios signados por la pobreza y la cesantía.

Ante esta panorámica de la miseria, la naciente burguesía del país no duda en manifestar su rechazo ante las multitudes migrantes que diariamente toman posición en los arrabales de la ciudad. No por otra razón, surgen importantes políticas de orden, higiene y segregación que logran mantener a la ciudad dividida entre la *barbarie* y las *gentes de bien*. La multitud anónima de migrantes desplazados de sus lugares de origen, en este sentido, será identificada como un peligro que atenta contra la consigna de orden y progreso que durante largos periodos históricos se concibió como la base de la joven nación. De ahí que se observe cómo dicha imagen *bárbara* de la multitud predominó, con claros intereses políticos, en el imaginario literario nacional que circulaba en periódicos, folletines y libros de la época. Sin embargo, contrarrestando esta posición, serán en principio los artesanos tipográficos quienes se encargarán de desmontar los convencionalismos gestados acerca de la multitud que circula y arriba a la capital en busca de nuevos horizontes. Desde el trabajo autodidacta, tanto la prensa obrera como las producciones literarias de los

¹ YANKAS, Lautaro, “Carbón”, En, *Rotos*. Zig-Zag, Santiago, 1945, p. 175.

jóvenes escritores de la Generación del 38, y en especial la novela *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán, se encargarán de cuestionar y quebrantar el imaginario de pueblo y multitud instaurado por las *élites* del país.

Así pues, considerando lo anterior, el presente artículo tiene por objetivo repensar la multitud como “pueblo que falta”, como colectivo que busca tener una presencia activa en la historia. Para ello será necesario problematizar la concepción de multitud en el imaginario nacional del siglo XIX y principios del siglo XX en Chile. Interesa, en este sentido, a su vez analizar la relación pueblo-multitud desde un registro crítico-reflexivo que permita liberar la potencia vital de la multitud del discurso nacional que construyen las élites. Esto, con vistas a evidenciar cómo la literatura y la prensa obrera de la época logran ofrecer una contra-lectura y, a través de ella, una contra-imagen del pueblo que rompe con el “conocimiento consensuado” de la masa anónima, sobre quienes *precariamente* habitan y se desplazan a través de los márgenes de la ciudad.

2. El arrabal, los migrantes y la huelga

Hacia fines del siglo XVIII la fisonomía del Santiago colonial se transforma a causa del acelerado crecimiento de los arrabales conocidos como la Chimba y la Cañada. En el cabildo del 4 de junio de 1802 se registra la existencia de 743 ranchos en la periferia de Santiago, un cuarto de las viviendas de la ciudad. Los temibles *ranchos* que comienzan a gestarse cincuenta años antes, reunían alrededor de las riberas norte y sur del río Mapocho una población considerada “sin costumbres ni ocupación”, a diferencia de los antiguos *guangualies* que agrupaban desde el siglo XVI a los indígenas que servían de sirviente domésticos o albañiles en obras de la ciudad². En ese contexto, las *gentes de bien* se hallan profundamente consternadas ante la presencia de una multitud ociosa que ocupa los arrabales, y exhortan a las autoridades para que reaccionen y repriman *preventivamente*³. No obstante, los bárbaros que ocupan y se apropian de los márgenes de la capital no arriban como la peste. Es sabido que fueron las mismas *gentes de bien*, quienes con un lucrativo

² RAMÓN, Armando de, *Santiago de Chile Historia de una sociedad urbana*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2000, 95-97.

³ RAMÓN, Armando de, *Santiago de Chile Historia de una sociedad urbana*, p. 105-107.

negocio entre manos contribuyeron al crecimiento de la población de los suburbios: los terratenientes lotearon sus haciendas en pequeñas parcelas de terreno para que los migrantes provenientes de distintos puntos del país las alquilaran con el fin de construir sus improvisados hogares con materiales de desperdicio⁴. A este hecho hay que añadir que las autoridades evitaron a toda costa emplear a esa “multitud ociosa”, desempleada forzosamente, en las obras públicas que perfilaban la modernidad de la ciudad de Santiago, prefiriendo servirse para tales trabajos de quienes se hallaban en la cárcel, sin otorgar remuneración.

Avanzado el siglo XIX, en plena Independencia, la situación empeora. Inmersos en un clima de tensión, los próceres de la cultura nacional instan a los artistas a forjar *un* pueblo, a ficcionar un origen común ilustrando a la multitud, forjando buenos hábitos, haciéndoles amar su libertad e Instituciones al ritmo de las dianas que cantan al progreso⁵. Sin embargo, la realidad mayormente *elidida* en el discurso de los padres de la cultura ilustrada era la *escasa* participación de las clases populares en el imaginario que construían liberales y conservadores desde la capital: en pocas décadas, una nueva sensibilidad se imponía a los gustos heredados del pasado imperial español: formas de vestir, estilos arquitecturales y educación *a la francesa* eran algunas de las características del decorado aristócrata de la metrópolis. En la misma ciudad, y como contrapartida a la concentración de riqueza que genera también la movilización forzada de trabajadores convertidos en artesanos de lo suntuoso, se produce una *sectorización* de la miseria.

La situación de precariedad se agrava con las crisis del capitalismo en 1857 y 1876. Estas producen una cesantía y hambruna generalizada que se esparce en los campamentos capitalinos. Una década más tarde, entre 1886-1888, la epidemia de cólera se cobra más de 23.000 muertos en todo el territorio, sin contar con el surgimiento de innumerables focos de viruela. Mientras tanto, en la prensa oficial se alza la voz para denunciar las circunstancias en que los *ciudadanos de bien* deben enfrentarse a la amenaza de una multitud que acecha desde los arrabales que crecen

⁴ SALAZAR, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Sur, Santiago, 1985, p. 230.

⁵ LASTARRIA, José Victorino. Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842, Imprenta de Rivadeneyra, Valparaíso, 1843, pp 14-15.

sin parar, haciendo alarde de la maldad de unos y de la indefensión de los otros. Igualmente, la misma prensa advierte de las irrupciones de violencia de las primeras huelgas que confunde el *buen* orden del pueblo. Refiriéndose a uno de los tantos hechos de violencia protagonizados en el contexto de la huelga de la carne en 1905, evento que culminó con una fuerte represión, el diputado Alfredo Irrarrázaval Zañartu toma la palabra:

La bestia feroz que pasó por las calles de Santiago destruyendo todo, que marcó las puertas de nuestros hogares con su sello de mugre y de sangre, no es el pueblo de Santiago... es ese conjunto que llamamos gañanes, pillos, al cual debemos penetrar con el libro abierto, como antes los misioneros penetraban entre las hordas de salvajes.⁶

La opinión del diputado refleja una postura común a la prensa de la época: la multitud alzada es comparable a una manada indiferenciada y sin nombre que ataca el buen orden de la ciudad y las instituciones del estado que no merece el nombre de pueblo. Más aún, para ser precisos la multitud alzada es representada como la negación del pueblo y sus virtudes ciudadanas. Sin embargo, en contraposición ninguna noticia se ofrece en la prensa acerca de las migraciones forzadas dentro del territorio nacional: ausentes se hallan las peregrinaciones de *nómades* que acuden en masa a las oficinas salitreras en el norte del país, y, a la postre, ausente también está el paso cansino de los que regresan a la capital, una vez que estas oficinas han quebrado; asimismo, el silencio se repite con la situación de las minas de carbón en el sur, forzando a los cesantes a acudir hasta la capital para vender su fuerza de trabajo. Como era de esperar, tampoco se tiene noticia de la proliferación de organizaciones obreras que comienzan a quebrar el pretendido destino oligárquico del país, a levantarse contra las iniquidades institucionalizadas, haciendo de la huelga un instrumento de presión eficaz, con el riesgo consabido de ser reprimidos con violencia por la fuerza pública que busca a toda costa conservar el *orden* social.

⁶ ESPINOZA, Vicente. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Sur, Santiago, 1988, p. 13. Citado por, Guerra-Cunningham, Lucía, "El conventillo: signo del desecho y signo híbrido en Los hombres oscuros, de Nicomedes Guzmán". *Anales de literatura chilena*. 1, 2000, pp. 117-134.

Todo ello, no obstante, puede leerse en la prensa obrera. Periódicos como *El taller*, *El artesano opositor*, *La voz del pueblo*, *La sociedad de la razón* o *El precursor* desafían el orden impuesto por la pequeña elite que dirige el país, como ocupando las calles lo hacen los trabajadores movilizados en *meetings* y huelgas. En efecto, estos periódicos en el plano de las ideas y representaciones combaten el imaginario de esas *gentes de bien* que modela el propio campo de lo visible y lo expresable; informan del funcionamiento de las asociaciones obreras y de las sociedades de socorros mutuos; educan a los habitantes de las barriadas sobre los modos de prevenir y actuar frente a enfermedades y epidemias tan comunes para las condiciones de hacinamiento en que vivían.

La prensa popular en manos de los artesanos tipográficos, no solo permitirá encarar los prejuicios y dificultades que debía enfrentar cotidianamente la multitud anónima, sino que no se detendrá hasta romper con el imaginario segregador construido desde comienzos de la República⁷. A esa labor, como veremos en seguida, contribuirá también un tipo de literatura, que contestará la figura maniquea del “pueblo” construida por las elites que niegan a la multitud su derecho a aparecer, asunto que nos retrotrae a la antigua oposición de pueblo y multitud en la filosofía moderna. En efecto, en el horizonte de la modernidad la concepción de la multitud se reduce, con contadas excepciones, a una aglomeración no formalizada de individuos, a una entidad a medio camino entre la civilización y la barbarie. Lo que salta a la vista es que el signo característico atribuido a la multitud es la falta: falta de *forma* y de *fin*. En palabras de Negri: “El concepto definía en sustancia la falta de orden de una multiplicidad de sujetos. La multitud se presentaba como una materia que debía ser formada, más que como materia que contuviera en sí misma un principio formativo”⁸. Y esto es especialmente interesante: afirmar que la multitud carece de forma, no constituye una mera observación teórica, se trata más bien de una advertencia: la multitud carente de forma amenaza al pueblo *Uno*.

Para Hobbes, por cierto, la multitud es algo inherente al estado de naturaleza, o si se quiere, es el estado de naturaleza que *vuelve* una vez roto el pacto social. Más

⁷ ILLANES, María Angélica, *Chile Descentrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. LOM, Santiago, 2003, pp. 338-343.

⁸ NEGRI, Antonio, *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*. Paidós, Barcelona, 2004, p. 113

todavía, la multitud, a los ojos del filósofo, es antiestatal⁹. Parafraseando la célebre fórmula: una vez que el pacto ha engendrado un pueblo no puede haber multitud; y antes del pacto, no puede constituirse pueblo alguno. A diferencia de la multitud: “El pueblo es algo que es *uno*, que tiene *una voluntad* y puede atribuírsele *una acción*; ninguna de estas cosas puede decirse propiamente de una multitud”¹⁰. A la vaga multitud se opone, entonces, la figura unitaria del pueblo, que solo podrá comprenderse como un orden tributario de la filosofía que extrae las características del individuo *formado* para predicarlas en una comunidad de *logos* (razón) y *pathos* (pasión). Esta idea, no solo se halla en el autor del *Leviatán*, pues de modo semejante San Agustín afirmará: “[e]l pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde comunidad de objetos amados”¹¹.

En contraposición, frente a una tradición que vuelve constantemente sobre la idea de pueblo, la filosofía de Spinoza se propondrá establecer *desde* la existencia dada de la multitud un concepto fiel a su denostada opacidad. Multitud, así, será concebida como “la existencia social y política de los muchos en tanto muchos: forma permanente, no episódica ni intersticial”¹². Esta definición pone de manifiesto que multitud no se respecta, ni como idea ni como hecho, al pueblo formalizado desde *fuera*. Esta posee, según Spinoza, un principio de organización interno, pudiendo gozar, desde entonces, de derecho a presencia: la multitud *puede y debe* aparecer, porque ser libres implica existir junto con otros afectivamente, para establecer alianzas que apunten al bienestar de todos. Siendo evidente que los individuos no se bastan a sí mismos: “A los hombres les es útil, antes que nada, establecer relaciones entre ellos y ligarse con los vínculos más aptos para que de todos ellos se hagan uno; y, en general, hacer cuanto les sirva para afianzar las amistades”¹³. Pero, lo cierto, también, es que los lazos se *rompen y deben* romperse cuando estos terminan por procurar el bienestar de unos pocos. Tal es el rol atribuido a las explosiones de violencia que se levantan contra un orden opresor: “Nunca sucede, pues, que, a

⁹ VIRNO, Paolo, *Gramática de la multitud*. Colihue, Buenos Aires, 2003, p. 14

¹⁰ HOBBS, *De Cive*, XII, 8, p. 203.

¹¹ AGUSTÍN, *La ciudad de dios*. Obras de San Agustín, Tomo XVII, Libro, XIX, cap. XXIV, BAC, Madrid, 1958 p. 142.

¹² VIRNO, Paolo, *Gramática de la multitud*, p. 11.

¹³ SPINOZA, Baruch. E, IV, apéndice, cap. XII, p. 235.

consecuencia de las discordias y sediciones que surgen a menudo en la sociedad, los ciudadanos disuelvan la sociedad¹⁴.

Frente a este cuadro es importante destacar dos cosas a estas alturas bastante notorias: primero, que pueblo y multitud devienen expresiones conceptuales enfrentadas: la multitud solo es pensada en y por sí misma, sin respectarse al pueblo, en un pensamiento *inmanente*, horizontal, como el de Spinoza, que concibe la multitud, si seguimos a Negri, como *potencia democrática*; mientras que el concepto de pueblo, a su turno, es objeto de una reelaboración constante en el basto campo que traza el pensamiento trascendente, vertical, que afirma hasta el cansancio la necesidad de *imponer* orden y forma a la multitud anónima e indómita. Lo segundo es que, sobrepasado el arco de las monarquías modernas, tras el surgimiento de los estados nacionales, la tensión entre pueblo y multitud persiste en la pregunta *cómo constituir un pueblo superando la mera aglomeración de individuos en la multitud*. Pero sabido es que esta pregunta sobrepasa el horizonte discursivo de la teoría política para enquistarse como un problema esencial para quienes buscan salvaguardar la soberanía del Estado. En esa medida, tal vez, haya que asumir que la tensión descrita bascula en beneficio del concepto de pueblo, por ejemplo, en el contexto de las independencias nacionales en América Latina: multitud, como hemos visto, terminará invocándose solamente cuando sea necesario hacer referencia a la catástrofe política, a la ruptura *temporal* del orden, en instantes en que el pueblo se divide en facciones, como en la guerra civil o en la huelga general. En ese momento, la multitud queda asociada con la explosión de los afectos que contaminan la virtuosa unidad del cuerpo político.

Si resulta importante destacar el itinerario de esa tensión de multitud y pueblo, es porque pone de manifiesto que el pueblo *falta*, que el pueblo *no está ahí donde ha sido representado* con total armonía. En otras palabras, si la opinión más extendida es que el pueblo encarna la reunión concertada de individuos capacitados para la decisión y agencia política, frente a la multitud que se reduce a la inconsciente reunión de individuos en una masa indistinta, entonces se puede afirmar que *en la historia el pueblo falta*; y falta primordialmente porque ese pueblo *uno* solo existe como tal en la teoría de filósofos y políticos o en la prosa de aquellos literatos que

¹⁴ SPINOZA, Baruch. TP, VI, 2, p. 123.

asumen la posición de funcionarios del estado. Con todo, la armonía del pueblo pareciera ser una quimera compuesta a partir de lo que *falta* en el ruido de la multitud.

Basta con examinar la cultura nacional luego de la independencia: el tema del pueblo es fundamental para conservadores y liberales. En efecto la tarea de “ilustrar al pueblo”, encomendada por José Victorino Lastarria a los escritores, no solo posee el significado evidente de educar a la multitud, formar sus hábitos y enseñarle a trabajar por su patria. Esta expresión también tiene el sentido de *poner* el pueblo *en escena*, darle vida ficcionando un origen y un destino común que habrá de permitir, por un lado, exorcizar el poder disolvente de la masa que acecha y, por otro, repeler la anquilosa actitud de los conservadores que buscan mantener a las multitudes ajenas a la ciudad y la política. Esta misión sobrepasa los ejes de la reconocida generación de 1842, para alcanzar su cénit en *Martín Rivas* (1862) de Blest Gana. Aparecida como folleto en entregas periódicas, la novela de un joven que emigra del norte chico a la capital, tuvo gran impacto en la época, tocando de soslayo los pormenores de la guerra civil de 1851. Junto con describir el asombro que causa en el provinciano las costumbres de la aristocracia capitalina, retrata la injusticia y mezquindad que rodea al partido conservador. Novela liberal escrita, sin embargo, con *profundo* tono conservador, no tiene reparos en pronunciarse sobre los excesos de la multitud, sobre la confusión que traen aparejadas sus demandas, apostando por resolver literariamente la división de *pueblo y multitud* con una historia de amor entre la muchacha aristócrata y el pobre Martín.

3. Para un pueblo que falta: literatura y multitud

Tras el advenimiento del siglo XX en Chile, el panorama literario nacional sufrió importantes transformaciones. La irrupción en escena de nuevos agentes sociales (el mundo obrero organizado en sindicatos, los primeros movimientos emancipatorios de las mujeres, la conformación de la clase media, etc.) logra desestabilizar el poder político y económico hegemónico de la pequeña burguesía que se hizo con el poder nada más estrenarse la república. Interesa destacar que estos agentes sociales no solo ponen en cuestión la legitimidad de la clase social privilegiada (o sus derechos políticos y económicos), sino también la anquilosada costumbre de *imaginar*, de acuerdo a su sensibilidad, sociedad, nación y pueblo, considerando que poseen casi

con exclusividad acceso al mundo erudito y elitista del arte y la literatura¹⁵. El interés de estos nuevos agentes sociales, entonces, pareciera dar cuenta de una insurgente reivindicación política que insiste en descentralizar los *autofundados* beneficios de las *élites*, en consideración de las problemáticas sociales que afectan la visibilidad y la legitimidad de la población subyugada¹⁶.

En este sentido, comienza a gestarse una literatura crítica que logra poner en tela de juicio aquellos convencionalismos con los que de antaño se configuró al pueblo chileno. Estos, usualmente, fueron elaborados por políticos y escritores posicionados

¹⁵ En este contexto, la nación se comprende como una construcción cultural, nutrida por visiones, ideas y estereotipos que posibilitan la proyección de una identidad común. Dicha construcción cultural se comprende, según la conceptualización de Benedict Anderson (1993) como una “una comunidad política imaginada [...] inherentemente limitada y soberana” (p. 23). Según el autor, la nación se establece como una comunidad política imaginada porque se sostiene en la imagen de ésta, es decir, en la idea de comunión que desarrollan y promueven sus propios miembros. Este concepto es compartido por Homi Bhabha (2000) quien considera a la nación como un producto cultural ideado por el Estado. Para Bhabha la nación se presenta como “un sistema de significación cultural” (p.12), que más allá de organizar la sociedad de un territorio determinado logra representar la vida social que surge en dicho contexto. Desde esta perspectiva, la nación no logra ajustarse a una conceptualización determinada, puesto que, en su intento de representar a una sociedad y sus complejas relaciones de conformación, el concepto de nación cae en un constante dinamismo temporal. Ver: ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, y BHABHA, Homi. *Nación y narración*. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales. Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.

¹⁶ En 1904 Baldomero Lillo publica *Sub-terra* convirtiéndose en uno de los escritores pioneros en interesarse por visibilizar la vida y el trabajo de los mineros de Lota. Influenciado por el naturalismo francés, el escritor utiliza una minuciosa prosa para describir la cruda explotación laboral que sufrían los trabajadores de la mina. Los cuentos de Lillo describen cómo el abuso de los empresarios extranjeros logra destruir cualquier atisbo de tejido social emancipatorio que, potencialmente, podría gestarse entre los trabajadores. De ahí que ha sido considerado por la crítica literaria como uno de los primeros escritores sociales del país. Sin embargo, cabe destacar, que “las historias narradas en los cuentos de Lillo perfilan pues la figura de un sujeto social detenido en el tiempo, más bien sepultado en él, sacrificado al sistema social de producción”, es por esta razón, entonces, que en sus obras carecen de mensajes críticos o reflexivos demasiado evidentes (en comparación con la literatura social que surge posterior a él) en torno a la explotación obrera. Ver: MORALES, Leonidas. *De muertos y sobrevivientes. Narración chilena moderna*. Cuarto propio, Santiago, 2008, p. 14.

en el campo cultural de la época que, exhortados por una supuesta finalidad formativa, se dedicaron a configurar un retrato *poco feliz* de la multitud. Así pues, las diversas producciones narrativas que se conformaron al alero del *criollismo*¹⁷ durante gran parte siglo XIX, incluso hasta el primer tercio del siglo XX, se caracterizaron por reducir y relacionar la imagen del pueblo con la barbarie, indicando cómo los mestizos, rotos, cholos y gañanes representan, según los intelectuales nacionales, una amenaza para el país y su *anhelado* orden social. Sin embargo, frente a este panorama, serán escritores como Mariano Latorre, Fernando Santiván, Marta Brunet o Lautaro Yankas quienes, aún desde una estética criollista, mostrarán cómo la premisa del *orden y progreso* social se gesta desde el abuso de las masas pobres e iletradas. No por otra razón estos escritores incluirán en sus novelas importantes descripciones en torno a los maltratos que sufrían los inquilinos y peones que durante cada temporada se ocupaban en labrar las tierras de los fundos que decoraban el frondoso Valle Central.¹⁸

En este sentido, la descripción documentalista que predominaba en las letras nacionales de la época, logra impregnar en la literatura importantes registros de explotación y subordinación en contra de la *multitud* en desplazamiento. Escenificando la cotidianidad del pueblo rural, la narrativa criollista plasma una imagen agónica del pueblo chileno, el cual no sólo soporta las batallas en contra de

¹⁷ Tendencia literaria que predominante durante el siglo XIX y principios del siglo XX en Chile y gran parte de América Latina. Como movimiento literario, el criollismo se caracteriza por la búsqueda del retrato de la vida y las costumbres del pueblo y el mundo campesino-popular, en vistas de definir una cierta identidad local. Luis Muñoz González y Dieter Oelker Link (1993) indican que el criollismo en la crítica literaria ha sido considerado desde dos perspectivas: una parte, desde la posición de Luis Durand (1947) como las novelas que se refieren a las costumbres y el mundo campesino y, por otra parte, desde la lectura de Ricardo Latcham (1956) como la *pintura* literaria de los hombres de América y sus costumbres. La expresión de una clase que deviene en escuela literaria. Ver: GONZÁLEZ, Luis y OELKER, Dieter. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Ediciones Universidad de Concepción, Concepción, 1993, p..81.

¹⁸ Respecto a esta temática destacan las siguientes novelas: Ully (1923); Zurzulita (1920) y On Panta (1935 de Mariano Latorre. La risa del pillán (1927); La mujer del Laja (1930) y Rotos (1945) de Lautaro Yankas. Rotos fue escrita en colaboración con Leoncio Guerrero. *La hechizada* (1916); En la montaña (1917) y Charca en la selva (1934) de Fernando Santiván. Montaña adentro (1923); Bestia Dañina (1926); María Rosa, flor de Quillén (1927) de Marta Brunet.

una naturaleza hostil, sino que además, sobrevive, sin posibilidades de redención¹⁹, a los abusos de la clase dominante. No obstante, será con la Generación de 1938²⁰ (o simplemente del 38 si se quiere) que la narrativa chilena logrará dar un vuelco a la mera representación y el afán descriptivo-documentalista del *criollismo*, sobre todo, respecto a la potencia vital de la multitud. De los escritores de esta generación, destaca la obra de Nicomedes Guzmán quien, “intenta legitimar y dignificar a los sectores urbanos populares”²¹ mostrando una nueva perspectiva respecto a la multitud y su capacidad de emancipación. Así, “despojado de la retórica sensacionalista del naturalismo”²², el escritor da cuenta, desde un posicionamiento crítico, cuáles son los despojos políticos que sufre la clase obrera y cómo, mediante la organización popular, la multitud logra superar el miedo a la desesperanza y al abuso de la autoridad.

En *La sangre y la esperanza* (1943) Nicomedes Guzmán hurga en las costumbres, padecimientos y añoranzas de uno de los tantos “conventillos” de la capital. Este lugar, conformado por un “conjunto de “cuartos redondos” a lo largo de un

¹⁹ Esta imposibilidad se manifiesta, en la literatura criollista, mediante el tópico de “la fatalidad”, es decir, la incapacidad de los personajes por ejercer su dominio en las distintas áreas de la vida, así como también, la resignación ante la hostilidad del paisaje. En otras palabras, “la fatalidad se presenta como un rasgo de los personajes imposibilitados para hacerse cargo de sus vidas y sus decisiones” AMARO, Lorena. “Fatalidad y libertad”. En BRUNET, Marta. *Obra completa. Tomo I*. Ediciones Alberto Hurtado, Santiago, 2014.

²⁰ Uno de los documentos más completos en torno a la composición de la generación del 38 se encuentra en el registro del Primer Encuentro de Escritores de la Universidad de Concepción realizado en 1958. En él, diferentes integrantes de dicha generación literaria aportan, retrospectivamente, una visión entorno al acontecimiento estético y político que significó el trabajo de dicha generación. Destaca, en este sentido, la lectura que realiza el escritor Volodia Teitelboim quien indica: “Nos impulsaba un ansia apasionada y vaga de cambiar la vida nacional, de dar al obrero y al campesino y también a escritor y artista un sitio de dignidad bajo el sol, de crear una nueva atmósfera donde la poesía ocupara una silla dorada en el proscenio. Queríamos imponer escalas de valores en que la inteligencia, el espíritu de sacrificio por la belleza, el pueblo y el país desplazaran el gobierno podrido de los opulentos, espiritualmente exhausto, inculto, mediocre y vacío.” TEITELBOIM, Volodia. “La generación del 38 en busca de la realidad chilena”. *Atenea* 380-381, Santiago, 1958

²¹ GUERRA, Lucía. “El conventillo: signo del desecho híbrido en Los hombres oscuros de Nicomedes Guzmán”. *Anales de literatura chilena* 1., Santiago, 2000, p, 126.

²² GUERRA, Lucía. “El conventillo: signo del desecho híbrido en Los hombres oscuros de Nicomedes Guzmán”. p, 126.

estrecho pasillo que se utilizaba como patio común [...] fue concebido como la solución urbanística para el problema de los pobres desalojados de los ranchos”²³ que, obligados por el hambre y el desempleo, llegaron en masa a la ciudad en busca de mejores oportunidades de vida. Así, la novela establece un contrapunto con *Hijos del salitre* (1952) de Volodia Teitelboim y *Norte Grande* (1944) de Andrés Sabella; ficciones que se internan en la epopeya del salitre²⁴, marcada por la riqueza generada para algunos y por las penurias de los migrantes explotados que culmina con la masacre de la Escuela Santa María de Iquique en 1907²⁵.

Como un relato que dispone al azar los padecimientos de aquella comunidad de migrantes sin pueblo ni historia, *La sangre y la esperanza* acoge y reconstruye las vicisitudes de quienes migran en busca de trabajo y de quienes pululan por el arrabal capitalino sin ocupación. En la novela, desde la mirada de un niño de ocho años, Enrique, está presente el recuerdo de quienes se vieron forzados abandonar sus poblados en el sur para buscar suerte en la metrópoli; se tiene noticia de los que acuden a las oficinas salitreras del norte, siguiendo la promesa de encontrar empleo, para volver, más temprano que tarde, desengañados a Santiago, “soportando los mordiscos de horrendas miserias y de hambres”²⁶ En efecto, la novela muestra de qué manera el espacio del arrabal en su precariedad se convierte en la nodriza capitalina que acoge a los *hijos de otras tierras*: aquellos cesantes del norte e inquilinos desesperanzados del centro y sur del país. Entre ellos, unos logran arrimarse a los

²³ BRITO, Alejandra. “Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile, 1850-1920”. En GODOY, Lorena. *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. Sur-CEDEM, Santiago, 1995.

²⁴ Las producciones narrativas que versan sobre la era del salitre en Chile usualmente lo hacen desde una perspectiva histórico-documental. De ahí que dicha composición revista algunas características de la epopeya. Sin embargo, resulta interesante observar que, a diferencia del mero afán representacional, las novelas que se interesan por esta temática, realizan su composición narrativa desde la crítica, la denuncia o la protesta. En otras palabras: “Los relatos del salitre se asimilan a la vertiente histórica, a la épica social, a la exaltación de la realidad colectiva en oposición a lo meramente imaginativo, retórico, individual”. BRAVO-ELIZONDO, Pedro. “Apuntes de la producción literaria de la era del salitre” *Latin American Research Review*, 22(2), (1987), 177-191.

²⁵ Para una revisión histórica-crítica en torno al suceso ver: ARTAZA, Pablo; GONZÁLEZ, Sergio; JILES, Susana (Eds.) *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago: LOM, 2009.

²⁶ GUZMÁN. Nicomedes. *La sangre y la esperanza*. Nascimento, Santiago, 1958, p. 81.

conventillos, otros, con peor suerte, simplemente deben conformarse con apenas unos albergues improvisados. Sobre estos se lee:

Los albergues, como bestias grises, como enormes asnos de piel sangrante, más allá de los conventillos, parecían lamerse las llagas a las plantas callosas del otoño. [...] Los “rotos” pampinos, esmirriados por la espera de días, que ya se alargaban en años, humillaban su existencia en el vórtice macabro de una cesantía forzada, en que el harapo era como si pretendiera cobrar territorios para toda la eternidad²⁷.

La situación del país es catastrófica cruzando el primer cuarto del siglo XX. Los estragos en la población más pobre podían apreciarse sobre todo en el rápido hundimiento económico de ciudades, puertos y rincones donde el capitalismo había prometido progreso y futuro: norte (Iquique), centro (Valparaíso) y sur (Lota, Coronel). Frente a ese estado de cosas, sin embargo, y tal como ya se ha mencionado, no se trata de contemplar impávidos la catástrofe: también cabe retratar a los trabajadores que superan la desesperanza y el miedo a la autoridad, para asumir el compromiso político y tomar posición ante la crisis de un país gobernado por la mezquindad de sus élites.

En ese plano, para el imaginario del joven Guzmán son determinantes las huelgas de los empleados tranviarios, reprimidas con violencia desde 1920²⁸. Frente a esta, más que describir los hechos tal y como sucedieron, el narrador parece intentar extraer los *afectos* de la multitud reunida y disuelta rápidamente por la fuerza pública.

²⁷ GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*. Orbe, Santiago 1943, p. 387.

²⁸ A pesar de que Bernardo Subercaseaux indica en *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Volumen III* (2011) que *La sangre y la esperanza* está ambientada en la huelga de los tranviarios de 1920, es importante destacar que la novela no entrega mayores detalles al respecto de la fecha. De ahí que se ha considerado la década del treinta atendiendo a los diferentes registros históricos que indican que entre 1930 y 1941 se gestaron diferentes huelgas lideradas por los tranviarios. Para un panorama sobre la época ver: MARDONES, Marcelo. “Santiago en guerra: la crisis del transporte tranviario y el comienzo de la intervención estatal sobre la locomoción colectiva en la capital chilena, 1938-1941” *Revista Tiempo Histórico*, n.8, Santiago, 2014.

Era la huelga [...] Los gritos y los vivos ardían en el aire. Y un entusiasmo loco iba apoderándose del ánimo de los trabajadores tranviarios. Las cobradoras, con sus blancos delantales y sus brillantes sombreritos de hule negro, se confundían entre la muchedumbre masculina, gesticulando con calor. [...] Aquello cobraba alma. Y esta alma dominaba sobre esa humanidad, flameando como una bandera [...] De pronto, todo se acalló. Persistió apenas un rumor intenso de abejas en huida. Por Mapocho avanzaba, al rápido galope de las cabalgaduras, uno o quizá dos piquetes de lanceros [...] muchos se defendían, [...] más la actitud se perdía en inútil heroísmo porque al instante caían barridos por las patas de los caballos²⁹

El pequeño Enrique nos conduce a ser testigos de un hecho habitual en *meetings* y huelgas por aquellos años: los huelguistas con sus familias se reunían para hacer valer sus derechos³⁰, un aire de jovialidad reina mientras se preparaba la llegada de la fuerza pública, la carga de caballos y lanceros que los dispersaba con violencia. En el relato abundan escenas de represión³¹, pareciendo condensar huelgas y manifestaciones contenidas con violencia en el curso de las últimas décadas. Entre las que podemos destacar se cuentan las siguientes: en marzo de 1902 se registran distintos incidentes derivados de una huelga ferroviaria Santiago y Valparaíso para rebajar la jornada laboral. La huelga culmina con una carga policial contra la muchedumbre que arrasa a los manifestantes, no importando la presencia de

²⁹ GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*. ORBE, Santiago 1943, p. 16, 18, 19.

³⁰ En la novela se aprecia: “Pero encima de todo, por sobre todo, la inquietud, el dolor, la angustia, los brillosos carbones de la fe, la mística de la esperanza, derramábanse en gritos llenos de luz: -: Viva la Federación Obrera de Chile! ...-; Viva! Las calles temblaban”. GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*, orbe, Santiago, 1943, p, 372.

³¹ Las escenas más significativas aparecen en el apartado “La sangre”: “No había ya manera de contener la lucha. Los fregonazos acuchillaban la negrura de la noche. Resbalaban los caballos en la humedad de su propio excremento. Saltaban aullidos. Vociferaciones. Un grupo de maquinistas salía de la galería armado de machetes y palos”. “Un alarido de mujer, hundió de súbito el aire, berrenándolo violentamente. Y, acto, seguido, un disparo de carabina, derribó del estrado al orador, con la frente rota. La policía comenzó a cercar la muchedumbre. Desde el ala norte del tumulto, un grupo salió huyendo, en medio de gritos estridentes. Los disparos los siguieron. Cayeron algunos azotándose en los duros adoquines. Varios guardianes, pechando con sus cabalgaduras, se abrían paso entre la muchedumbre” GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*, orbe, Santiago, 1943, pp. 380,392

mujeres y niños³². El día 12 de mayo del año siguiente en Valparaíso los huelguistas reciben el apoyo de los pobladores de los cerros produciéndose durante dos días violentos incidentes que terminan con saqueos, incendios y centenares de muertos. En octubre de 1905, la huelga de la carne en Santiago finaliza con innumerables disturbios, lo mismo que la huelga general de Antofagasta en 1906. Mención especial requiere la huelga salitrera en el norte ocurrida en 1907, que finaliza con la masacre de la Escuela Santa María de Iquique llegando a 3.000 muertos. La mano dura exhibida para frenar las organizaciones obreras se expande por todo el país, y comienzan a tomarse medidas para frenar reuniones y asociaciones de trabajadores. Desde entonces las huelgas serán cada vez más esporádicas y la violencia más contundente, como se advierte en la masacre de la Federación Obrera de Magallanes en 1920 y la masacre de trabajadores del salitre en la oficina de La Coruña en 1925.

En medio de estos acontecimientos, Nicomedes Guzmán habla del deber ciudadano del escritor, el cual, no sólo se refleja en su posición crítica en torno a la literatura, sino que también, se sustenta en su posición *activa* o emancipatoria dentro de la sociedad:

El escritor antes que nada es hombre y ciudadano. No tiene, desde luego, por qué evadirse de una responsabilidad social, que debe pensar más en su labor que en el hecho de ser escritor. A mayor cultura, mayor consciencia y responsabilidad [...] La época que vivimos exige al hombre tomar posiciones definitivas. Dentro del momento nuestro, se libra una batalla que el individuo no puede eludir y en la que debe escoger bandera, no de partido exclusivamente, sino de consciencia y humanidad³³

Para Nicomedes Guzmán, la literatura se concibe como una expresión estética que no puede desvincularse del campo de la política, pues, para el escritor, la literatura

³² GREZ, Sergio. Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada del “la idea” en Chile, 1893-1915. LOM, Santiago, 2007, p. 82.

³³ DURAND, Georgina. “es un problema para los escritores nacionales publicar sus obras: El joven escritor Nicomedes Guzmán” En La Nación, Chile, 14/05/1941 En: VOIONMAA NOEMI, Daniel. *Revoluciones que no fueron: ¿arte o política? Más allá de realismos y vanguardias en América Latina. Ecuador y Chile: 1934-1938*. LOM, Santiago, 2010.

precisamente posee la facultad de *intervenir* en la política³⁴, de participar en la conformación de la sociedad. No por otra cosa Guzmán advierte en los escritores una importante función social: en ellos se compromete desdibujar la *supuesta* separación que surge entre arte y vida. En otras ocasiones, Guzmán se refiere a la necesidad de hacer hablar *un pueblo en formación*. Así, siguiendo la estela de otros escritores interesados por hacer de la creación literaria un espacio de reivindicación política, Nicomedes Guzmán saluda a quienes retrataron a la multitud con la finalidad de *sacar a la luz* su voz: “Pezoa Véliz es el poeta de *un pueblo en formación*, [...] es el vate por excelencia. Abatido por la bruma de los propios pesares, canta. Y su canto significa el canto de los oprimidos. Es un gran poeta en la medida que su voz es voz colectiva.”³⁵. Guzmán da en el punto: la función del artista, efectivamente, es retratar ese pueblo *en formación*, es trazar su palabra como *una voz* colectiva de los *sin voz*, sin que esto signifique *hablar en nombre de otros*.

En efecto, en *La sangre y la esperanza* será la propia escritura la que permita hacer hablar a la multitud, pues, como tal menciona Deleuze: “el artista no puede sino apelar al pueblo, desde lo más profundo de su aventura tiene necesidad de ello, aunque no pueda crearlo ni tenga que hacerlo”³⁶. La literatura de Guzmán, en este sentido, devela la resistencia de la multitud, su propio discurso y la organización emancipatoria que, aun superando las cicatrices de la fragmentación que ha sufrido el cuerpo social, posibilita la *enunciación colectiva* de las voces que resisten la subordinación. En tal sentido, tanto la literatura como el arte serán aquello que resiste: “resiste a la muerte, a la servidumbre, a la infamia, a la vergüenza”³⁷, en definitiva, resiste al silenciamiento y la ocultación, puesto que si se escribe, se ha de escribir “en función de un *pueblo futuro* que aún carece de lenguaje”³⁸.

Entonces, tal como se mencionó anteriormente, si pueblo y multitud no pueden confundirse, se puede afirmar, sin embargo, que la multitud desplazada adquiere *la*

³⁴ Jacques Rancière indica que la literatura interviene “el reparto de lo sensible”, es decir, “esa distribución y esa redistribución de los espacios y los tiempos, de los lugares y las identidades, de la palabra y el ruido, de lo visible y lo invisible”.

RANCIÈRE, Jacques. Política de la literatura. Buenos Aires: Ediciones el zorzal, 2011.

³⁵ GUZMÁN, Nicomedes. *Antología de Carlos Pezoa Véliz*, Zig-Zag, Santiago, 1957, p. 13

³⁶ DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-textos, 1996, p. 242.

³⁷ DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*, p. 242.

³⁸ DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*, p. 202. *Cursivas nuestras*.

figura del pueblo que “falta”. Este pueblo *que falta*, marginado de la política que asume por principio valerse de la existencia del pueblo *representado*, ausente de la literatura canónica, cuya ausencia contribuye a representar sin contradicciones la identidad de un pueblo abstracto, logra fisurar la idea base que por años se promulgó respecto al pueblo como “sustrato del Estado”. Así pues, “cuando un pueblo se crea, lo hace por sus propios medios, pero de un modo que converge con el arte [...] o que permite al arte alcanzar lo que faltaba”³⁹. El escritor, en este sentido, devela la *formación* de un pueblo por venir que conforma la multitud desplazada, la cual se constituye en una conexión de fragmentos sin totalización, tal como un archipiélago. Será por esta razón, entonces, que la comunidad de aquellos que *no tienen comunidad*, sin tierra ni pueblo, renueva la fe inmanente en *este* mundo. La sola idea capaz de crear nuevas formas de sentir y pensar, así como las nuevas posibilidades de vida que revela el arte y la literatura, se constituye como otro nombre para el intempestivo devenir revolucionario, que no se confunde con la revolución ni con la vergüenza de nuestros estados democráticos a dos siglos de su independencia.

³⁹ DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*, p, 242.

LANDAETA, Patricio; CRISTI, Ana María. «Multitud, vida y escritura en Nicomedes Guzmán. Apuntes desde Gilles Deleuze y Félix Guattari». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 10 N° Especial. Dossier: Pensar en Chile 1973-1990. ISSN 0718-8382, Septiembre 2019, pp. 73-92

Referencias

AMARO, Lorena. “Fatalidad y libertad” en *Brunet, Marta. Obra completa. Tomo I.* Santiago: Ediciones Alberto Hurtado, 2014

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D. F: Fondo de Cultura Económica, 1993.

ARTAZA, Pablo; GONZÁLEZ, Sergio; JILES, Susana (Eds.) *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago: LOM, 2009

BHABHA, Homi. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.

BRAVO-ELIZONDO, Pedro. “Apuntes De La Produccion Literaria Sobre La Era Del Salitre.” En *Latin American Research Review*, vol. 22, no. 2, Pittsburgh,1987.

BRITO, Alejandra. “Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile, 1850-1920”. En Godoy, Lorena. (1995) *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. Santiago: Sur, CEDEM.

DELEUZE, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-textos, 1996.

DURAND, Georgina. “es un problema para los escritores nacionales publicar sus obras: El joven escritor Nicomedes Guzmán” En *La Nación*, Chile, 14/05/1941 En: VOIONMAA NOEMI, Daniel. *Revoluciones que no fueron: ¿arte o política? Más allá de realismos y vanguardias en América Latina. Ecuador y Chile: 1934-1938*. Santiago: LOM, 2010.

GREZ, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada del “la idea” en Chile, 1893-1915*. Santiago: LOM, 2007.

GUERRA, Lucía. “El conventillo: signo del desecho híbrido en Los hombres oscuros de Nicomedes Guzmán”. *Anales de literatura chilena* 1., Santiago, 2000.

GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*, Santiago: Orbe, 1943.

GUZMÁN, Nicomedes. *La sangre y la esperanza*. Santiago: Nascimento, 1958

GUZMÁN, Nicomedes. *Antología de Carlos Pezoa Véliz*, Santiago: Zig-zag, 1957.

MARDONES, Marcelo. “Santiago en guerra: la crisis del transporte tranviario y el comienzo de la intervención estatal sobre la locomoción colectiva en la capital chilena, 1938-1941” *Revista Tiempo Histórico*, n.8, Santiago, 2014.

LANDAETA, Patricio; CRISTI, Ana María. «Multitud, vida y escritura en Nicomedes Guzmán. Apuntes desde Gilles Deleuze y Félix Guattari». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 10 N° Especial. Dossier: Pensar en Chile 1973-1990. ISSN 0718-8382, Septiembre 2019, pp. 73-92

MORALES, Leonidas. *De muertos y sobrevivientes. Narración chilena moderna*. Santiago: Cuarto propio, 2008.

GONZÁLEZ, Luis y OELKER, Dieter. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Concepción: Ediciones universidad de Concepción, 1993

NEGRI, Antonio, Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio. Barcelona: Paidós, 2004, p. 113

RANCIÈRE, Jacques. *Política de la literatura*. Buenos Aires: Ediciones el zorzal, 2011.

SPINOZA, Baruch, *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Trotta, 2000

SPINOZA, Baruch, *Tratado Político*. Madrid: Alianza, 1986.

SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Vol. III. Santiago: Universitaria, 2011.

TEITELBOIM, Volodia. "La generación del 38 en busca de la realidad chilena". *Atenea* 380-381, Santiago, 1958

VIRNO, Paolo, Gramática de la multitud. Buenos Aires: Colihue, 2003, p. 14

HOBBS, *De Cive*, Madrid: Alianza, 2000.

AGUSTIN, "La ciudad de dios". *Obras de San Agustín*, Tomo XVII, Libro, XIX, cap. XXIV Madrid, BAC, 1958.